

Quelis Rodríguez Zúñiga.

ABRIL - 2012

El programa está pensado para personas que podrían tener grandes potenciales, sin importar su condición de oportunidad para ejercerlo. Durante la entrevista de selección se me hace énfasis que cuando se es líder todas las redes cuentan para los procesos de alto impacto, y esta fue mi primera transformación de ideas y estereotipos mentales frente a la intervención comunitaria. Y no era precisamente porque me sentí “sobrada de lote”¹, sino que pensé que estando con líderes del mismo nivel académico, podría ser más homogéneo el aprendizaje, para luego ponerlo al servicio de los demás. Igualmente comienzo a ser consciente de que mi liderazgo está amarrado a un proceso institucional, pero que no era claro lo que pasaría conmigo si estas condiciones institucionales cambiaban.

Recuerdo que el primer día de clase fue maravilloso encontrarme con la Dra. Paula Marcela² (con su sencillez y humildad que la caracterizan), cuya expresión corporal y lenguaje verbal aseveraban, “Tú y Yo somos iguales y es posible llegar hasta donde he llegado”. Para el contexto de donde vengo parecen oportunidades muy lejanas. En especial cuando has padecido la inclemencia de la pobreza, porque la pobreza te ubica en una condición limitada para el desarrollo individual, laboral y familiar. Por ello, no se puede reivindicar o pensar que son condiciones inherentes al hombre y la mujer negra.

¹ Dicho popular que se le adjudica a la persona que se siente con capacidades superiores y desconoce las capacidades del otro.

² Exministra de Cultura, promovida como la primer mujer negra que llegaba a estos cargos de tan alto nivel...

Para ser más ilustrativa me gustaría contarle algunas situaciones relacionada con mi proceso de superación: soy hija de dos personas maravillosas: Ana, mi madre, que llegó hasta segundo de primaria, ama de casa, soportó durante 19 años los maltratos de mi padre y sus dejaciones afectivas y económicas, tanto para ella como para sus hijos. Mi padre, José Ángel, que llegó hasta sexto grado, y que se dedicó a la venta de plátano en la calles de la ciudad de Cartagena. Crecí en una vivienda familiar, lo que siempre generó humillaciones para toda la familia, debido a que siempre entre los hermanos de mi padre se peleaban el derecho a la propiedad. Peleas en la que nosotros siempre aparecimos como unos arrimados de la familia Rodríguez. La comida nos faltó pocas veces, pero llegué a sentir hambre con el anhelo implacable de saciarla. De mi madre tengo esa solidaridad extensiva para el más afligido y de mi padre esa fuerza, originalidad e intuición que caracteriza al caribeño.

De adolescente tuve un trauma bastante fuerte, porque mi adolescencia coincidió con la separación de mis padres. Estudié en un colegio público reconocido en aquella época como uno de los mejores en la ciudad. Recuerdo que me puse muy feliz cuando gané este cupo. Cerca a la casa vivía una familia que me ayudó e influenció en algunas de las cosas, que a mi corta edad estaba segura que no las quería para mí. En la casa de esta familia habían unas jóvenes que estudiaban en la misma escuela; a diferencia mía, la madre les daba todos los gustos, porque en esta casa se vendía droga. Mi madre, aunque no le gustaba que fuera a esta casa, aceptaba, en especial cuando no tenía almuerzo para ir a la escuela; ella dentro de su inteligencia de madre, me mandaba justo cuando ya iban a servir y de esta forma aseguraba que no me fuera sin almorzar. En otras ocasiones, cuando no tenía para el transporte, también

recurrí a ellos para que me prestaran dinero; de estas amigas heredé todo el vestuario y los juguetes que no les gustaban. En la escuela me destacué como una buena estudiante, razón por la cual mis padres sentían orgullo de su hija que lse llevaba buenas notas. Al punto de que mis castigos eran no ir a la escuela.

Para ir a la escuela debía caminar 3 kilómetros, pero esto no fue impedimento para graduarme. Recuerdo que estaba muy desesperada por entrar al Sena; no pensé en la opción de la universidad porque yo sentía que debía ganar dinero. Pero, finalmente pude iniciar una carrera como tecnóloga en Promoción Social con la mayor de las angustias, debido a que no tenía dinero para pagar el primer semestre. Recuerdo que conseguí un trabajo en una floristería los fines de semana y con esto pude pagarlo, de allí me gané el primer puesto y con esto me daban una beca, y solo cancelé 12.000 pesos por semestre, prácticamente nada. En mi carrera como tecnóloga siempre hubo valoración por parte de mis profesores, quienes me apoyaron mucho; algunos me regalaban ropa, entre otras cosas, no iban bien presentada a las clases porque no tenía con qué comprarme el vestuario, razón por la cual fui discriminada más de una vez. Paralelamente a esto participaba de algunas actividades comunitarias, más de observadora, porque en esos momentos mis afanes eran económicos y por ayudar a mi hermanos.

Me gradué. Conseguí un trabajo a los tres días de haber terminado mi carrera como tecnóloga y paralelamente hice mis estudios de profesionalización. Duré más de 9 años en este primer trabajo que aunque no era bien remunerado me sirvió para ayudar a mi madre y a mis hermanos. Me fui entonces a vivir sola, y luego conseguí entrar a Tierra de Hombres, hice mi

especialización y he ido creciendo al interior de la misma, lo que ha significado viajar y estar en un proceso de retos profesionales continuos. En esta organización me encuentro con un jefe maravilloso, blanco, que me dijo que yo era una negra hermosa, yo no entendía porque este hombre que para las mortales de miradas occidentales, deberían admirar otra clase de belleza, me percibía como bella. Esto me ayudó a comenzar a encontrarme con este proceso de identidad sin entender su historia, pero sí a sentirme bella. Y este es otro elemento importante para la mujer negra.

En todo este recorrido, si lo leyeron con entusiasmo, se pudieron dar cuenta que siempre hubo algo que apalancaba el paso siguiente, pero lo que es más importante, siempre aproveché cada espacio. Pienso que estas son las dos claves del éxito para la mujer pobre.

Por ello, encontrarme el primer día de clase con un hermoso collage de fotografías de todas las compañeras de curso, algunas conocidas de procesos anteriores, y otras que desde mi percepción parecían estar en el lugar equivocado, me hizo sentir inmediatamente que debía escuchar más que hablar y entender esa fuerza que mantenía muchas de estas compañeras maravillosas que, pese a sus grandes luchas, aún no habían podido lograr una seguridad económica que toda líder requiere para avanzar y crecer sin angustia. Todas teníamos algo en común, éramos mujeres negras y teníamos marcas de la pobreza y violencia, con deseos de superación !que más homogeneidad, podía pedir!.

El Programa, en definitiva, ha generado una gran revolución intelectual identitaria, ha despertado en mí una fuerza superior de querer hacer extensiva estas oportunidades para las mujeres y

niñas, ha generado esa seguridad de querer estar en un espacio de poder político para poder contribuir a apalancar procesos de hombres y mujeres con posibilidades nimias de desarrollo.

Entre otros de los aportes del curso, está mi sensibilización para entender y preocuparme por la manera como los movimientos negros han venido gestando sus luchas, en cuyo discurso no me pienso extender. Esto ha implicado acercarme a los movimientos, a seguir haciendo lecturas con respecto del tema.

Para terminar me gustaría resaltar el esmero del grupo que acompañó este proceso; sin embargo, faltó definir una estrategia que permitiera afianzar las redes de apoyo, de amistad, y argumentación. Finalmente no me resta más que decirles **gracias...gracias y gracias**. Y que no olviden que en mi discurso de posesión les agradeceré por esta nueva luz.